Vicente Quirarte

Melville en Mazatlán

Para Ignacio,
en su llegada a nuestro
mexicano domicilio.

Cordialmente,

Vicente Quirarte

Septiembre de 2015

Melville en Mazatlán

Obra en un acto

D.R. © 2015, Vicente Quirarte
D.R. © 2015, Ardiente Paciencia

Primera edición: agosto de 2015

Impreso y hecho en México

Vicente Quirarte

Melville en Mazatlán

Obra en un acto

México
MMXV

A Jorge Ruiz Dueñas

MUELLE

En el número 99 de la calle Constitución en Mazatlán, a dos cuadras de *donde el mar es más mar que en parte alguna*, se encuentra una casa que antiguamente alojó a un colegio de monjas. Hoy es un hotel cuyo nombre, escueto, misterioso e iniciático, es *The Melville*. En la fachada, una placa ostenta esta leyenda:

As for me, I am tormented with an
everlasting itch for things remote.
I love to sail forbidden seas,
and land on barbarous coasts.

HERMAN MELVILLE IN MAZATLÁN
March 28-April 16th., 1844

SOCIEDAD HISTÓRICA MAZATLECA
January 13, 2003

Las palabras pertenecen a la parte final del primer capítulo de *Moby Dick*, que su autor habría de publicar en 1850, es decir, seis años después de su breve paso por Mazatlán. Sintetizan el espíritu aventurero que guió la primera parte de una existencia después signada por la desilusión, la melancolía y, en consecuencia, la muerte en vida.

La iniciativa para marcar esa huella en la ciudad provino del dueño del hotel, Alfredo Gómez-Rubio. Afanado en recuperar el paso y la huella de huracanes permanentes llamados escritores, encontró en la biografía de Melville escrita por Laurie Robertson-Lorant (New York, Clarkson Potter Publishers, 1996) la referencia más detallada sobre el periplo mazatleco de un hombre de veinticuatro años, parte de la tripulación de la

fragata *United States*, que viajó al Pacífico mexicano desde el puerto peruano de Callao hasta Mazatlán y permaneció casi tres semanas frente a la bahía, en espera de que fueran acuñadas las monedas de plata que los habían llevado al puerto mexicano.

Uno, entre otros servicios que la realidad otorga a la fantasía: el 13 de enero de 2003, cuando se develó la placa, Gómez-Rubio invitó especialmente a la erudita melvilleana a la ceremonia. Su presencia fue aprovechada para llevarla a la Universidad Autónoma de Sinaloa, donde se presentó con una bolsa de plástico del omnipotente Oxxo. Al final de la conferencia, exhibió una botella de talla mayúscula de cerveza Pacífico, familiarmente conocida como *ballena*, para demostrar que el leviatán está

presente en los mínimos actos de la existencia.

Los encuentros del azar objetivo no terminaron allí. Esa noche, mientras el fin de fiesta era celebrado en la plaza Machado, se dio la voz de que en Olas Altas había encallado una ballena. Dominaban la neblina y el frío del Pacífico invernal. La luna estaba llena. Cuando los congregados llegaron al mar, se encontraron con el cuerpo de una ballena. Como ya comenzaba a descomponerse, había adquirido un tono blanquecino a cuya fantasmagoría contribuyó la plata de la luna y la atmósfera de la noche. Una vez más, la ballena blanca había encontrado a sus perseguidores, para demostrar la superioridad del arte sobre la naturaleza.

Para Laurie Robertson, Melville no bajó del navío, pues era costumbre que

no se permitiera el desembarco a grumetes como el joven Herman, que a la primera oportunidad desertaban. Sin embargo, la noticia de que Melville estuvo en costas mazatlecas ha forjado la leyenda –para muchos ya convertida en dogma– de que el autor de *Moby Dick* caminó entre nosotros.

A semejante posibilidad se acoge la presente obra. El joven que sólo ha escrito textos aislados vuelve a Nueva York. En una banca de Battery Park encuentra a un hombre con el que inicia un diálogo que lleva al espectador a explorar las fronteras entre la vida y la creación, sus caminos a un tiempo iluminados y dolorosos, el impulso de la vida y la cercanía de la muerte. De igual modo aparecen las posibles imágenes que Mazatlán dejó en el joven Herman, sobre

las que nunca escribió pero que a nosotros nos toca descifrar e interpretar.

La obra puede tener lugar en 1844, año en que Melville vuelve a Nueva York, tras largas navegaciones, y está a punto de dar comienzo a su carrera de novelista, breve, intensa, de consecuencias amargas. También puede ocurrir en 1883, año en que Melville se encuentra en decaimiento físico y mental, lejos de la vida literaria, aunque siempre con la voluntad de ser fiel a la tarea de llevar a la letra lo que la sangre dicta. Su hijo mayor se ha suicidado, Herman se ha jubilado de su trabajo como inspector de aduanas y, aunque está desilusionado de su escritura y lleva más de veinte años de silencio, está a punto de terminar de escribir su obra póstuma, *Billy Bud.*

Más que lo científicamente comprobable, como pedía Borges, se trata de encontrar lo simbólicamente verdadero: el joven y el viejo Melville, que también podrían ser dos personajes sin ese nombre: uno con la voluntad juvenil de devorar el mundo a través de la escritura; el segundo, convencido de lo estéril de ese *inútil combate*. Ambos viven gracias a la creación, merced a la inextinguible sed que los devora y los ayuda a vivir, como demuestra el diálogo que sostienen.

Melville en Mazatlán

DRAMATIS PERSONAE

HERMAN MELVILLE I (60 años de edad)
HERMAN MELVILLE II (25 años de edad)

OBERTURA

Nueva York, Battery Park. Cinco de la tarde, mes de octubre. Escenario azul marino que evoluciona hacia el gris oscuro. Sonidos de truenos. Cruzan relámpagos y lluvia. Entra un hombre de alrededor de sesenta años, de barba larga, vestido con un abrigo oscuro y un bulto que sujeta con fuerza, así como un bastón, mientras enfrenta la furia de la creciente tempestad. Al mismo tiempo que los elementos de la naturaleza, se

escuchan gritos humanos: "Allí sopla, allí sopla", "Ballena muerta o bote a pique". Suenan también cantos de ballena. Se acerca con esfuerzo a la banca que se encuentra en el centro del escenario. Deposita allí el paquete. Luce vencido, pero poco a poco comienza a erguirse, abre los brazos a la tempestad, trepa a la banca, como si fuera la proa de un barco. Aumentan los ruidos marinos y los gritos humanos. El hombre abre los brazos en cruz y voltea la cabeza hacia el cielo, desafiante y gozoso. A medida que amaina el viento, el hombre vuelve a su gesto de antes, derrotado y sumiso. Al descender de la banca, da unos pasos y de repente comienza a cojear, como si no pudiera flexionar la pierna izquierda. Vuelve al refugio de la banca. Conforme la tempestad amaina, la luz cambia a un naranja crepuscular. Sonidos de gaviotas, sirenas de barcos, ruedas

de carruajes, cascos de caballos. El hombre se rehace poco a poco, abre muy lentamente su atado, consistente en periódicos y libros. Extrae una bolsa de papel, de la que da de comer a las palomas. De la otra bolsa del abrigo extrae un frasco, del cual bebe prolongadamente. De cuando en cuando anota algo en una libreta mientras mira al horizonte.

Entra en escena un joven con un saco de lona, de marinero, al hombro. Su piel está visiblemente bronceada y lleva la barba crecida. Al llegar al frente, expande más el pecho y respira con satisfacción. Voltea y descubre al hombre sentado en la banca, quien, absorto en su tarea, no percibe la presencia del joven. Se detiene y mira un buen tiempo el ritual del primero. Éste, finalmente sorprendido en su tarea, incómodo, la interrumpe, guarda papel y pluma, trata inútilmente de ocultar la bolsa con la cual alimenta

a las palomas. La hace a un lado. Termina por refugiarse detrás de uno de sus periódicos. El joven pone su saco en el suelo. Se sienta en el extremo de la banca. El hombre mayor voltea a mirarlo con desconfianza, incómodo, y se hunde más en su periódico. El joven toma la bolsa desechada por el hombre mayor y procede a arrojar semillas a las palomas, mientras repite en voz baja una palabra, al ritmo de la actividad que lleva a cabo.

HERMAN II: Mazatlán. Ma-za-tlán. Maza-tlán. MAZATLÁN.

HERMAN I (*despega la vista del periódico y voltea a ver al joven*).

HERMAN II (*sin voltear a mirarlo, absorto en su tarea*): Mazatlán... Ma... za... tlán.

HERMAN I: ¿Me habla a mí?

HERMAN II: No.

Herman I vuelve a su ensimismamiento con el periódico. Pausa larga. Herman II hace la bolsa de alimento a un lado y se dirige a su interlocutor.

Bueno, sí. Sí le hablo a usted. Hablo con usted.

HERMAN I: ¿Sí o no? Explíquese.

HERMAN II: Hablo conmigo, pero como usted me oyó, ahora tiene que escucharme.

HERMAN I (*pausa larga, sin dejar de mirar el periódico*): Joven, nadie escucha. Contadas veces oye. Si quiere ser oído, vaya a uno de los espacios especialmente puestos para pregonar. Lo que sobra en esta ciudad son locos. Y sitios para encerrarlos. Nadie los escucha pero no hay más remedio que oírlos.

Ambos guardan silencio. Pausa larga. Herman II sigue alimentando a las palomas.

Blackwell.

HERMAN II: ¿Cómo dijo?

HERMAN I: Blackwell... un hospital de locos, no lejos de aquí.

HERMAN II: ¿Hospital *de* locos o *para* locos?

HERMAN I: Es lo mismo.

HERMAN II: Es lo mismo pero no es igual. *De* locos, significa que todos lo están. *Para* locos, que entran allí quienes no tienen otro remedio que cruzar las puertas de otro infierno. O de una extraña forma de paraíso.

HERMAN I (*voltea a mirarlo con ligera curiosidad y vuelve a su periódico*): Por favor, ¿puedo leer en paz?

HERMAN II: ¿Dónde está ese hospital que dice?

HERMAN I (*impaciente, sin voltear a mirarlo*): Blackwell es una isla tan pequeña que puede ser recorrida en una hora. Nadie la nota. No junto a este monstruo de isla.

HERMAN II: Esta isla monstruosa a la que no es posible sino odiar. O amar contra todo. Nueva York. ¿Se puede ser de otra parte? Aquí nace el mundo cada día. (*Pausa*) Me gustaría estar loco, en verdad, para merecer la isla que menciona. Imagine las historias que de allí saldrían. (*Pausa*) ¿No le molesta que me siente aquí, verdad?

HERMAN I: Vaya, al menos lo pregunta. La verdad, sí me molesta...

HERMAN II: Sin embargo, si al llegar hubiera preguntado "¿Puedo sentarme en esta banca?", hubiera respondido que sí, pues sobre todas las cosas es un caballero.

HERMAN I (*despega la vista del periódico y mira a Herman II de arriba abajo*): Y usted, evidentemente, no lo es. Casi todos los lugares están desocupados y usted llega a sentarse precisamente aquí... en *mi* banca.

HERMAN II: Sí, porque quiero hablar con alguien. Estoy seguro de que con usted.

HERMAN I: Vaya, esto sí que comienza a ser gracioso, a fuerza de incómodo, y a punto de ser insoportable. ¿Hablar conmigo?

HERMAN II: Mire, en algunas de las bancas de este parque hay gente que,

como usted, acostumbra dar de comer a las palomas. Y a gaviotas que se cruzan en su camino. Usted también, pero además, hacía otra cosa.

HERMAN I: ¿Otra cosa?

HERMAN II: Sí. Estaba escribiendo.

HERMAN I: ¿Escribiendo?

HERMAN II: Sí. Estaba escribiendo... Algo que lo absorbía, lo apasionaba, lo transformaba. Lo estuve observando antes de venir a sentarme junto a usted.

HERMAN I: Si estaba escribiendo, es algo que me interesa sólo a mí.

HERMAN II (*ansioso y alegre*): Evidentemente. (*Pausa. Expectante*) ¿Es usted escritor?

HERMAN I (*incómodo, dudoso*): ¿Yo? No... No, no soy escritor.

HERMAN II (*lo mira atentamente*): Ahora no lo pregunto sino lo afirmo. Es Usted escritor. Sabía que no me equivocaba al sentarme aquí. Vuelvo a casa, sin heridas mortales en el cuerpo, las justas en el alma. Antes quise detenerme a contemplar las aguas que me vieron nacer, las mismas que me van a bautizar como escritor. Por si fuera poco, tengo la enorme fortuna de encontrarme con un verdadero escritor.

HERMAN I: De una vez por todas, joven, tome sus cosas, siga su camino y déjeme en paz.

HERMAN II: Está bien. Prometo ya no hablarle. Permita solamente que termine esta bolsa de alimento y me voy (*arroja alimento a las palomas al ritmo de sus palabras*). Ma-za-tlán. Ma-za-tlán.

HERMAN I (*aparta la vista del periódico y voltea a mirar al joven*): ¿Por qué repite esa palabra?

HERMAN II (*como si fuera atrapado en una acción prohibida*): ¿Puedo contestar? ¿Me es permitido contestar?

HERMAN I: Por favor... No pida permiso como niño de escuela.

HERMAN II (*divertido, levanta la mano, como si pidiera permiso*): Eso sí me gusta hacerlo. Sé hacerlo. Antes de ser marinero fui maestro de escuela. ¿Me es permitido hablar?

HERMAN I: Sí, hable. (*Dobla su periódico*) Ya que me arruinó la lectura y el placer de estar solo, hable. ¿Por qué repite esa palabra?

HERMAN II: Porque vengo de un largo viaje, y de todos los lugares donde estuve, fue seguramente la palabra que

más me gustó. La que me quedó, por así decirlo, grabada en el oído.

HERMAN I: Es como una danza, ¿verdad? Con todas sus vocales abiertas, sus tambores y zumbidos: Ma...za... tlán... Ma...za...tlán... Tiene usted buen oído... joven.

HERMAN II: Ya que me permitió hablar, le pregunto otra vez: ¿es usted escritor?

HERMAN I: No, no soy escritor.

HERMAN II: ¿Entonces?

HERMAN I (*pausado y categórico*): Trabajo en la Aduana.

HERMAN II: En la Aduana. Qué divertido. ¿Es divertido?

HERMAN I: Es el trabajo más monótono del mundo. Pero garantiza la comida en la mesa. Y, sobre todo, lo mantiene a uno ocupado. Ahuyenta fantasmas.

HERMAN II: ¿Tiene usted una oficina?

HERMAN I: Sí, por fortuna. Con una gran ventana.

HERMAN II: Desde la que puede mirarse –seguramente– toda la bahía. La más hermosa del mundo, aunque haya otras donde exista más... más Naturaleza. Me gusta el mundo ocupado, más que el virgen, ¿está de acuerdo?

HERMAN I: ¿De acuerdo en qué?

HERMAN II: En que es mejor el mundo ocupado que el desnudo.

HERMAN I: No, no, no. Antes de esta última tontería dijo muchas otras.

HERMAN II: Si las tomó en cuenta es porque no son tonterías.

HERMAN I: Vaya más despacio. Ponga en orden sus ideas... joven.

HERMAN II: ¿Por qué me llama joven? ¿Le gustaría que yo lo llamara viejo?

HERMAN I: Usted es joven y yo viejo, pero definitivamente no me puede decir viejo. En cambio, yo a usted sí le puedo decir joven.

HERMAN II: ¿Por qué?

HERMAN I: Porque así es, ¿no lo han educado?

HERMAN II: Sí, marineros y oficiales que obedecen más que a su conciencia al ron de las Antillas... (*Herman I sonríe*): Vaya, vamos por buen camino. Por lo menos he borrado la sombra de su rostro. Inclusive se ve más joven (*se ríe*).

HERMAN I: Sí, de mi pasado.

HERMAN II: ¿De su pasado?

HERMAN I: Mi pasado no tiene importancia para alguien que acabo de conocer.

HERMAN II: Entonces hablemos del presente. Así que la Aduana.

HERMAN I: ¿Qué con la Aduana?

HERMAN II: Me dijo que trabajaba en la Aduana.

HERMAN I (*vacilante*): Así es.

HERMAN II: ¿Y qué hace?

HERMAN I: Digamos que empujar la pluma.

HERMAN II: ¿Ve cómo no me equivoco? Lo que me está diciendo es que escribe. Que se gana la vida escribiendo.

HERMAN I: Empujar la pluma es muy diferente a escribir.

HERMAN II: Empujar la pluma, como usted dice, es un esfuerzo titánico, sobre todo cuando se hace con el corazón y se entrega el alma.

HERMAN I (*sonríe complacido*): En eso estoy totalmente de acuerdo con usted.

HERMAN II: Aleluya. Por una vez.

HERMAN I: Sí, por una vez. Por eso se ha ganado el derecho a que responda a su pregunta.

HERMAN II: ¿A cuál pregunta?

HERMAN I: A la que me hizo desde un principio. Cuando llegó a... molestarme.

HERMAN II: ¡Ah!, esa pregunta.

HERMAN I: ¿Ya no le interesa la respuesta?

HERMAN II: Por supuesto que me interesa, sobre todas las cosas. Va de nuevo, entonces. ¿Es usted escritor?

HERMAN I (*pausa larga*): He sido escritor.

HERMAN II: ¿Cómo es posible? Yo quiero ser escritor. Y quiero serlo toda la vida.

HERMAN I: ¿En verdad es lo que quiere?

HERMAN II: Traigo un impulso que me desborda y me inflama. Por eso he

viajado. Para ver, para aprender, para tener de qué hablar. No me comieron los caníbales, pero yo sí voy a devorar el mundo. Tengo todo el tiempo.

HERMAN I: Sí, a su edad se tiene todo el tiempo. Y todo el apetito. ¿Qué va hacer con ellos?

HERMAN II (*se toca el pecho, del lado del corazón*): Transformar lo que traigo aquí, ponerlo por escrito. Crear novelas donde el joven que las lea viva, sienta, sude, goce y sufra conmigo.

HERMAN I: ¿Y por qué limitarse a los jóvenes? Sea más ambicioso, si en verdad quiere comerse el mundo, como dice. Escribir es poner en letras lo que nadie ha dicho pero quisiera decir.

HERMAN II: Pero eso es imposible.

HERMAN I: Imposible, no. Difícil, por

supuesto. La escritura no es para los débiles.

HERMAN II: Tampoco el mar.

HERMAN I: Tampoco. Aspire a que lo que escriba sea como el mar: complejo, profundo, interminable. Aunque tarde años en hacerlo. Dios no hizo el mundo en un solo día.

HERMAN II: ¿No es mucha vanidad comparar al escritor con Dios? Yo quiero hacer algo más humilde, más próximo a la tierra y a las cosas.

HERMAN I: El poeta, como el capitán del barco, es dios en su dominio. Sin embargo, los tiempos de la creación son caprichosos e imprevistos.

HERMAN II: ¿Cómo los del mar?

HERMAN I: Como los del mar. Es posible escribir página tras página en un solo día, ser una tormenta. De pronto, lle-

gan instantes de calma pavorosa donde no sopla la más ligera brisa y el mundo parece un desierto interminable.

HERMAN II: ¿No ocurre así en otros oficios?

HERMAN I: No, porque en otras ocupaciones todo está calculado. No hay sobresaltos. Atender un dolor que nos aqueja o encontrar la salida del laberinto hacen imprescindible la existencia del médico o el abogado.

HERMAN II: No compare el trabajo del escritor con el de esos... mercenarios.

HERMAN I: ¿Mercenarios por qué? También saben de la entrega y la pasión. Sin embargo, las del escritor no son inmediatamente perceptibles.

HERMAN II: ¿Por qué no?

HERMAN I: El escritor nace para perturbar conciencias. Es un profesional de

la subversión. Es el hombre invisible. Trabaja primero para vencer a sus propios fantasmas, llamados conformismo, silencio, medianía. Escribir es alterar al otro, decantar las palabras que transforman el fulgor momentáneo en obra permanente. El trabajo del escritor es dominar el miedo, utilizarlo, hacerlo cómplice y aliado.

HERMAN II: ¿Sabe qué me llevó al mar? Una forma de miedo. Pero miedo al tedio, al aburrimiento, a no ser.

HERMAN I: Miedo a ser como los otros. Miedo a usted mismo.

HERMAN II: Exactamente. (*Pausa larga*) Miedo a ser.

HERMAN I: Miedo a que noviembre se instalara en su alma para siempre. (*Se dirige a su banca, en la cual vuelve a sentarse, con visible esfuerzo. Extrae el frasco*

de alcohol y le da un trago, sin ofrecerle al joven. Se incorpora. Camina un poco, cojeando de manera visible).

HERMAN II (*tras observarlo atentamente*): ¿Cómo... se hizo... eso?

HERMAN I: ¿Cómo me hice qué?

HERMAN II: Quiero decir... ¿por qué cojea?

HERMAN I: ¿Cojear? ¿Yo? Soy viejo y no cojo... Bueno, lo que quise decir... (*se recupera después de su titubeo).*

Herman II no puede contener la risa. Herman I no puede evitar reír igualmente.

(*Trata de dominarse*) Quiero decir, no cojeo. En las piernas comienza a notarse la edad, pero yo estoy, hasta donde se puede, aceptable en mis piernas.

Camino todo el tiempo. (*Trata de incorporarse. Finalmente se sienta*).

HERMAN II: No, perdone mi insolencia.

HERMAN I (*pausa*): No importa, no importa. Hace tiempo que no me reía de este modo. Vaya si me hacía falta. Estoy lejos de hacer el ejercicio que mi juventud me permitía. Pero le propongo que hagamos uno juntos.

HERMAN II: ¿Un ejercicio?

HERMAN I: Sí. Con la palabra que repite desde que apareció aquí para estropearme el día.

HERMAN II: ¿Mazatlán?

HERMAN I: Mazatlán. Ya me dijo que le gusta su sonido. Pero trate de llegar al fondo de la palabra.

HERMAN II: Mazatlán. Ma-za-tlán. Mazatlán era al principio sólo un nombre. El de un sitio a treinta días de

navegación desde el puerto peruano del Callao. Yo me había enlistado en la fragata *United States*. De ella vengo. Era abril y nuestras órdenes eran recoger un cargamento de monedas de plata de una tierra cuyas entrañas la otorgan generosamente: México.

HERMAN I: El olor en el aire era muy fuerte: almizcles humanos y animales, cocos, plantas en descomposición, fósforos y escamas. Mazatlán.

HERMAN II: ¿Cómo lo sabe?

HERMAN I (*vacilante*): No lo sé. Lo imagino. ¿Qué pasó después?

HERMAN II: Llegamos por la noche. Las luces, escasas pero en círculo, me decían que estábamos en una bahía. A pesar de la distancia, dominaba el sonido armónico, unánime, estridente,

de los grillos. Como si la elevación dominante fuera un organismo vivo.

HERMAN I: *Es* un organismo vivo.

HERMAN II: Sí, pero como si fuera algo más que una montaña. Una criatura diferente. *Mazatlán.* Esa noche algo extraordinario estaba por suceder. Cuando eso sentía, sonó la campana que nos convocaba a dormir.

HERMAN I: ¿Usted obedeció?

HERMAN II: Me tocaba el turno de hacer la primera guardia. De todas formas, no hubiera podido dormir.

HERMAN I: Las luces, el puerto, un país desconocido... Enorme tentación...

HERMAN II: Y más que nada esas piedras...

HERMAN I: ¿Piedras?

HERMAN II: Dos enormes peñascos en medio de la bahía.

HERMAN I: ¿Qué tenían de especial esas piedras?

HERMAN II: Parecían nacidas con el mundo.

HERMAN I: ¿Qué las hacía distintas?

HERMAN II: La luz de la luna. Era llena, espectral, completa. Daba a los peñascos un aspecto imponente. Los plateaba. Dos planetas desconocidos. Parecían ballenas...

HERMAN I: Una ballena como nadie ha visto una...

HERMAN II: Una ballena distinta.

HERMAN I: La ballena es el resumen de la creación. Sentir que el mar respira con toda su fuerza y su esplendor cuando la monumental criatura sale a la superficie. Usted ha visto muchas ballenas en su vida, ¿supongo?

HERMAN II: De todas clases, tamaños y texturas. Cuando cazábamos una y la subíamos a cubierta, no perdía detalle.

HERMAN I: Era hacer la anatomía de un dios, ¿no es cierto?

HERMAN II: Usted lo ha dicho. Si Dios eligiera ser un animal, sería una ballena.

HERMAN I (*se incorpora de la banca y se dirige, cojeando visiblemente hacia el centro del escenario. Se detiene. Mira hacia el mar y tiende la mano*): En ese lomo se leen cicatrices de varias geografías. El primer chorro. Antes que en los ojos, en los oídos y, por qué no atreverse a decirlo, en el corazón. Resumen de la fuerza, coro de doce locomotoras al unísono, las ballenas emergen en todas las cifras del cuadrante: ojos, oídos, corazón abren sus

puertas, se colman de energía donde parece concentrada la evolución entera. Y se descubre aquí un ojo, allá una aleta, el mugido, el lomo inmenso, el arqueo inverosímil de la columna para saber después que la ballena no es como aquella que nos pintaron en la infancia. Con la ballena, la realidad es más poderosa que la imaginación. Avanza lenta, majestuosa, y al expulsar su chorro está más cerca del cielo que las demás criaturas.

HERMAN II: Magnífico. Ojalá yo pudiera decir algo así. Escribirlo.

HERMAN I: Usted podrá escribir lo que quiera. Lo que está destinado a escribir. Lo que nace para el olvido es más vasto que el mar. La comodidad se hizo para los tibios. ¿En verdad piensa que el escritor trabaja para tener éxito?

HERMAN II: ¿Y por qué no? Se trata de un oficio como cualquier otro. El rey de los oficios. Por lo tanto debe de ser bien pagado.

HERMAN I: Éxito no es igual a triunfo. Y el triunfo es sobre usted mismo. Sobre sus dudas, sus temores a no ser lo que usted piensa.

HERMAN II: En eso tiene razón. Algo definitivo –parecido al triunfo que usted dice– descubrí esa noche en la bahía de Mazatlán.

HERMAN I: ¿Qué descubrió?

HERMAN II: Que la ballena no es de este mundo. La única ballena es la que no existe, la que tal vez conoceremos algún día. O simplemente soñaremos. Una ballena no es igual a todas las ballenas. Ninguna ballena es igual a la ballena. Cada una tiene su forma de

asentar su nota final en el paisaje; su cola, un gigantesco abanico de la última sirena.

HERMAN I: Avaras y temerosas de un mundo que cambia más rápidamente que el corazón de quien se dice su amo, no muestran sino su lomo planetario. Saberlas en el mismo espacio que nosotros es sentir la palpitación del mundo: saber a Dios más cerca de nosotros.

HERMAN II: Todos los animales aceptan tocar notas menores ante la llegada del Gran Dios Ballena, mamífero y antiguo habitante del elemento Tierra, pulmón del mar y géiser nómada, vaca marina y tren acuático, locomotora submarina que muge con su maternidad agradecida y orgullosa.

HERMAN I: Bravo, Ismael, bravo.

HERMAN II: Perdón. ¿Me dijo Ismael?

HERMAN I: Sí. No. Fue un momento de entusiasmo. Un error, tal vez.

HERMAN II: Mi nombre no es Ismael. Me llamo...

HERMAN I: No, no digas... no diga su nombre. (*Dice en voz muy baja, Ma-za-tlán, Ma-za-tlán*)¿Qué sucedió después con... la ballena... las rocas... la noche?

HERMAN II: Nadie en la fragata, ni siquiera el capitán, podía desembarcar. De tal modo, decidí soñar la ciudad. Hacer su historia con las historias que había escuchado y con ayuda, naturalmente, de la imaginación. En esas luces intermitentes sentía las vidas de otros hombres, en miles de bocas ansiosas. En sudores y pieles semejantes y al mismo tiempo distintas a las que nos habían acompañado en el barco.

HERMAN I: Adivinó su arteria central, llamada por sus moradores Calle del Oro, el camino por el que fluía el deseo más profundo de los hombres. El orgulloso puerto que en lingotes y monedas intentaba purificar su innoble origen.

HERMAN II: ¿Cómo lo sabe?

HERMAN I (*vacilante*): No sé. Supongo que así fue. ¿Bajaron a tierra?

HERMAN II: Ninguno de los grumetes teníamos derecho a descender del barco, con el riesgo de sufrir azotes. Si la falta era mayor, inclusive podíamos perder la vida. Nadie protestaba. Es la ley del mar. La vida en el barco es tan difícil que al día siguiente de embarcarse la única obsesión es desertar.

HERMAN I: Lo mismo sucede con la escritura. ¿Usted desertó?

HERMAN II: No, porque se trataba de probarme. De saber quién era yo.

HERMAN I: O sea que su viaje no fue por motivos económicos. Todo ballenero busca el oro.

HERMAN II (*duda*): En ese momento yo iba en busca de otra clase de riqueza.

HERMAN I: Claro, usted era su propio tesoro.

HERMAN II: Al día siguiente de nuestra llegada, el capitán nos reunió para decirnos que las monedas por las que habíamos sido enviados aún no estaban acuñadas. Por lo tanto, debíamos permanecer tres semanas frente al puerto mexicano. ¿Se imagina?

HERMAN I: Tres semanas sin bajar del barco. Una tortura lenta y refinada. Cuando el barco está en movimiento,

la sangre se renueva. Pero estar quieto y ser joven es un doble tormento.

HERMAN II: Yo no quería desertar, de ninguna manera, pero sí penetrar en el cuerpo de esa criatura viva frente a mí.

HERMAN I: Había que buscar una estrategia, entonces.

HERMAN II: Por fortuna se presentó la oportunidad. Era domingo de ramos y varios marineros católicos pidieron permiso para bajar a tierra e ir a misa. Yo soy protestante...

HERMAN I: Pero con tal de bajar del barco era capaz de aprenderse el nombre de todos los santos del calendario.

HERMAN II: Mi historial era impecable. Aun así tuvimos que echarlo a la suerte...

HERMAN I: Y por supuesto usted fue uno de los ganadores.

HERMAN II: Sin hacer trampa.

HERMAN I: ¿Cómo entró Mazatlán en usted?

HERMAN II: Olía intensamente a yodo, a plantas y criaturas del océano. Mi primera imagen es la de pescadores que vendían su mercancía a gritos, con el entusiasmo de haber sacado ese producto con sus manos. Pesaban sin balanza, con el cálculo que dan tiempo y experiencia.

HERMAN I: Entre todos los pescados que destazaban, me llamó la atención uno plateado, grande, con una gran espada, al que llamaban *marlin*. Arrojaban al muelle sus entrañas ante la delicia de los numerosos y negrísimos pájaros que las devoraban sin in-

mutarse por la presencia de los pescadores.

HERMAN II (*lo mira con extrañeza*): *Auras* llamaban a esas aves.

MELVILLE I: Buitres marinos. Auras. Un nombre luminoso que definitivamente no merecen.

HERMAN II: Había una cantidad enorme de barcos en el muelle, animales vivos, barriles de agua y fruta fresca. Recuerdo además a una mulata monumental, vasta, elástica y airosa, no obstante su humanidad elefanta, con una charola de fruta en la cabeza: la pregonaba como si en su voz estuvieran todos los colores de las joyas comestibles que ofrecía.

HERMAN I: Qué gran modo de hablar de una mujer.

HERMAN II: ¿De una mujer?

HERMAN I: Sí, porque lo que está haciendo es casi una declaración de amor...

HERMAN II (*vacilante*): No... yo...

HERMAN I: Bueno, bueno, no se distraiga y continúe.

HERMAN II: Para conocer una ciudad a la que hay que dejar rápidamente es preciso encontrar el lugar donde se come, el sitio donde se reza y el espacio donde yacen sus muertos.

HERMAN I: Muy buena síntesis. ¿Adónde iría si sólo tuviera una sola posibilidad?

HERMAN II: A ese donde se concentran las tres actividades. Luego de salir rápidamente de la iglesia, me salió al encuentro *El amargo mar*, un sitio donde no entraría un caballero.

HERMAN I: No imagina los lugares donde

mi curiosidad y el deber me han llevado. *El amargo mar*. Curioso nombre, por no decir que elemental. Todo mar es amargo, sabe amargo, ¿no es verdad?

HERMAN II: Lo mismo pensé.

HERMAN I: Tantas emes, como el golpe del mar contra los barcos. Sólo le faltaba llamarse *El amarillo amargo mar de Mazatlán.*

HERMAN II: Me atrajo ese letrero que pude descifrar en mi español rudimentario. Leer, que no descifrar.

HERMAN I: Descifrar es otra cosa, ¿no es cierto?

HERMAN II: Al empujar esas batientes sabía que estaba abriendo las puertas del infierno.

HERMAN I: "¡Oh vosotros los que aquí entráis, abandonad toda esperanza!".

HERMAN II: ¿Cómo dice?

HERMAN I: Es la frase que Dante encuentra, a punto de iniciar su inmersión en el *Infierno*. Pero siga, su historia es superior a mis interrupciones.

HERMAN II: Lo que encontré va más allá de lo imaginable. Con los salvajes conocidos en mis viajes marítimos creí haber visto todo. Pues no. En ese pequeño y promiscuo espacio pululaban toda clase de aventureros: trabajadores de las minas, marinos, mujeres cuyos guisos –en unos trastos llamados *anafres*– humeaban el local de piso a techo, músicos mal fajados a los que todos oían y nadie escuchaba, tahúres y bravucones profesionales. Y en medio de ese ambiente hostil, de violencia en el aire, de cuchillo impa-

ciente por la carne del otro, velas, crucifijos, un universo de estampas religiosas.

HERMAN I (*divertido*): Es como si hubiera entrado a otra iglesia.

HERMAN II: Era también un templo...

HERMAN I: Donde se adoraba a otros dioses, tal vez más peligrosos y letales.

HERMAN II: Me salió al encuentro un hermano provisional y eterno. "Fiachra", me gritó un gigante pelirrojo que, al confundirme con alguien de ese nombre, me adoptó de inmediato. Era, naturalmente, un irlandés.

HERMAN I: ¿Le gustan los irlandeses?

HERMAN II: Al principio de mis navegaciones, los traté con la natural desconfianza que les da su mala fama.

HERMAN I: ¿Mala fama?

HERMAN II: Sí, ganada por su excesivo apego al alcohol, su irreverencia, su acendrado, casi escandaloso catolicismo que los lleva a morir por la causa que defienden.

HERMAN I: Me sorprende su juicio tan severo. Todas las que enumera son virtudes.

HERMAN II: Eran los seres más lejanos a mi temperamento. Sin embargo, luego aprendí lo auténticos que son. Al instante pasé a formar parte de la fraternidad de ese irlandés llegado a Mazatlán, expulsado de su patria por el cólera, la falta de dinero. Y por un enemigo mayor: el hambre.

HERMAN I: Su nuevo amigo iba entonces en busca de plata mexicana.

HERMAN II: No, iba en busca de la gloria.

La plata era secundaria. Para celebrar nuestro encuentro me invitó a que pasáramos a la mesa en forma de herradura que se hallaba en el propio local.

HERMAN I: ¿Dentro de la cantina?

HERMAN II: El mundo podía llegar a su fin dentro del *Amargo mar*. Nada faltaba. Nos sirvieron, en abundancia y sin ningún orden, toda clase de alimentos: arroz blanco, huevos, carne, ostiones crudos y fritos y un pescado rojo al que llamaban *huachinango*.

HERMAN I: Si quiere ser escritor, va por buen camino. Al menos por su curiosidad para saber el nombre de las cosas.

HERMAN II: Siempre me ha gustado el sonido de las palabras, sobre todo de las nuevas, las que fijo para siempre en la memoria.

HERMAN I: Como Mazatlán.
HERMAN II: Como Mazatlán *(vuelve a su letanía del principio).*

Herman I sigue mímicamente el sonido de las palabras.

Para sellar lo que ya era para el irlandés un pacto de sangre, tomó dos copas y sirvió una bebida transparente como el agua. Me pidió –más bien me ordenó– que vaciáramos el vaso de un solo trago (*hace el gesto y Herman I siente el efecto*). ¿Sabe lo que es beber fuego? La bebida entró, implacable y voraz, dentro de mí. Cuando pude articular palabra, le pregunté: "¿Qué bebimos?". El irlandés respondió, entero y pícaro y seguro: "Tequila".

HERMAN I (*saca nuevamente su frasco de alcohol y le da un trago*): Agua que corta. Lumbre transparente.

HERMAN II: Luego entonces la conoce. ¿O lo conoce?

HERMAN I (*cierra ceremoniosamente su botella*): Como el café y el amor, es fuerte y poderoso. ¿Y su género? Puede ser *el* tequila o *la* tequila. En el segundo caso, es hechicera peligrosa que abisma a sus devotos. Pero siga. No haga caso a las acotaciones de este su amigo viejo, porque no puedo decir que soy su viejo amigo.

HERMAN II: Lo que más me gusta es que ya se atreve a decir que somos amigos. Vamos por buen camino.

HERMAN I: Por favor continúe su narración. Esa sí va por buen camino.

HERMAN II: Mi nuevo hermano, bueno,

ese que el alcohol había transformado en hermano de alma, se llamaba Joshua.

HERMAN I: ¿Joshua?

HERMAN II: Sí, Joshua. Joshua... O´Farrill.

HERMAN I: ¿Cómo pudo liberarse de su nuevo... hermano?

HERMAN II: Parecía haber bebido desde que nació. Me asombraba que pudiera mantenerse en pie, sobre todo tras enfrentar la furiosa bebida en la que intentó iniciarme. Cuando le anuncié "Debo regresar al barco", me contestó: "Antes voy a llevarte a un lugar donde puedes mirar toda la bahía". Con doble trabajo ascendimos el cerro llamado del Vigía. Por fin llegamos a la cima. La luz del atardecer daba a las piedras, a *mis* piedras, una consistencia especial. Con el estímulo del alcohol

comprobé que en verdad eran criaturas vivas, anteriores al mundo.

HERMAN I: ¿Le comentó lo que me está diciendo a O´Farrill?

HERMAN II: Por desgracia sí. Me respondió que la blancura de las rocas se debía al guano –vaya, la mierda– que las gaviotas dejan sobre ellas.

HERMAN I: Qué forma de aniquilar una metáfora.

HERMAN II: La idea ya estaba en mí, y ningún borracho iba a arruinarla.

HERMAN I: Claro que no. La poesía es de quien la descubre. De quien la hace suya, la transforma y la conserva. Como fuego eterno.

HERMAN II: El irlandés hablaba y hablaba y no daba tregua a su botella. Yo continué mirando las piedras hasta que el sueño y el alcohol me derrotaron.

HERMAN I: ¿Pudo regresar al barco?

HERMAN II: No, y eso fue lo más grave. Me despertó la luz del nuevo día. Me era imposible levantarme porque el brazo del gigante irlandés estaba sobre mí. Con esfuerzo pude librarme de él. Por fortuna, yo no había sido el único canalla. Un bote esperaba a todos los infractores y nos llevó de regreso a la fragata. Por una razón que no acabo de entender, nuestro castigo consistió solamente en una reclusión de tres días.

HERMAN I: ¿Volvió a ver a Joshua O'Farrill?

HERMAN II: No creo que vuelva a verlo. No en persona, pero estoy seguro de que aparecerá en las páginas que escriba.

HERMAN I: De eso, entre otras cosas, se

trata la literatura. ¿Fue O´Farrill el personaje que más lo impresionó en este viaje?

HERMAN II: No. Quien dejó en mí una marca imborrable fue el segundo de a bordo en mi fragata. Jack Chase.

HERMAN I: ¿Qué fue lo que más le llamó la atención?

HERMAN II: Era como un profesor por su cultura y un verdugo en el mando. Firme y refinado. Cuando me encontraba leyendo, decía que dominar otro idioma era como ser un hombre más. De él aprendí el valor de cada objeto. El barco debía estar flamante en su conjunto. Todo era parte de nosotros. Éramos el barco. El mundo, esa pequeña nuez en medio del océano. Del capitán de mi barco ballenero aprendí otra lección. Que nada nos

pertenece sino esto (*de su bolsa de marinero extrae un paquete. Lo abre y de la gamuza que la protege extrae una pequeña lámpara de aceite*).

HERMAN I: Una lámpara.

HERMAN II: La alimentábamos con el aceite más puro, de la cabeza de la ballena. El más nítido...

HERMAN I: El que otorga la luz más exigente.

HERMAN II: El capitán nos dijo: "Tenerla con ustedes, hacerla su tesoro, es recordar la nobleza del oficio que los conduce al mar".

Ambos llevan a cabo el ritual de encenderla.

HERMAN I: Sí, esta es la verdadera lámpara maravillosa. Iluminada por el trabajo de los hombres, por las entra-

ñas del leviatán, la más grande de todas las criaturas. Un Dios en sí misma.

HERMAN II: Cuando navegábamos de noche en los pequeños botes balleneros, la colocábamos al frente. Su luz era calor. Sentíamos que nos calentaba aunque la niebla y el frío traspasaban los huesos.

Ambos se colocan en la banca como si fuera una balsa. Herman II hace el gesto de remar. Se alzan el cuello del abrigo y Herman I adquiere una nueva fuerza. Va al frente y pone el brazo en alto como si blandiera un arpón. Las palabras de Herman II se ven entrecortadas por el esfuerzo que hace al remar.

Al enfrentar a la ballena todos éramos iguales porque todos éramos necesarios.

Importante era quien descubría a la ballena por su chorro...

HERMAN I: "Allí sopla". "Allí sopla"...

HERMAN II: Importante el que botaba la lancha al mar desde el barco mayor...

HERMAN I: Importante el arponero que cortaba el aire con su acero (*hace el gesto de lanzar el arpón*).

HERMAN II: Importante quien soltaba cuerda cuando la gran criatura herida comenzaba su inútil escape.

HERMAN I: Importante el trabajo de quienes subían el gran cuerpo hasta el barco, donde la tarea continuaba.

HERMAN II: Todos éramos todo: todos hacíamos todo: destazar, hornear, guardar, limpiar. El trabajo llegaba a su fin sólo cuando el aceite estaba almacenado en los barriles, los restos desechados de la ballena habían vuelto al mar

y la cubierta del barco estaba de nuevo flamante.

HERMAN I: Como si nada hubiera sucedido...

Ambos respiran pesadamente. Herman I vuelve a su lugar en la banca. Se suelta el nudo de la corbata. Su aspecto es cansado pero contento.

HERMAN II: Pero todo había pasado. Por eso conservo esta lámpara. Es mi amuleto de la suerte. Me recuerda que matamos para perpetuar la luz.

HERMAN I: Habla usted como los señores de la guerra. ¿Llegó a pensar en otro modo de obtener la luz que no fuera matando a ese animal que merece, más que otros, la mayúscula? Ba-lle-na. La Ballena.

HERMAN II: Imagino, casi lo sé, que habrá otras formas de obtener la luz. Otras fuerzas.

HERMAN I: ¿Ve usted? Tiene los elementos para escribir una obra distinta a las que se han hecho antes... a las que venden mucho y desaparecen al día siguiente de haber sido publicadas.

HERMAN II: ¿Y por qué no? ¿Quién es usted para criticar a quienes escriben sus obras para ser vendidas? ¿No puede –no debe– un escritor vivir de lo que escribe, así como un ballenero vive del producto de su trabajo en el mar?

HERMAN I: Sí, en principio un escritor tiene la obligación de vivir de lo que escribe...

HERMAN II: ¿Verdad que sí?

HERMAN I: El problema en este país y

en este tiempo es que a nadie le interesa lo que usted puede –y por eso debe– escribir.

HERMAN II: ¿Y de qué puedo escribir, según usted?

HERMAN I: De lo que verdaderamente duele. Si algo le duele a usted desde lo más hondo, le va a doler a todo el mundo. Una emoción colectiva, animada por uno solo, que da en el corazón de las cosas, es para siempre y es de todos (*hace el gesto de arrojar un arpón*).

HERMAN II (*pausa larga*): ¿Qué sabe usted del dolor? Más bien ¿Por qué sabe tanto... de mí?

HERMAN I: Usted no ha estado en mis zapatos. Yo sí he estado en los suyos.

HERMAN II: ¿Luego entonces?

HERMAN I: Usted ha puesto sobre la

mesa los elementos de una obra magnífica: un capitán alucinado. Una ballena que no se parece a ninguna otra. Y un barco. Un barco ballenero que no puede ni debe ser estable. Tiene que ser un barco condenado.

HERMAN II: ¿Maldito?

HERMAN I: Si quiere usar esa palabra aún más fuerte, sí. Maldito, para ser redimido.

HERMAN II: Perdóneme. Sin ofender, ésas son las alucinaciones de alguien que no soy yo. Son palabras e ideas que utilizaría un viejo.

HERMAN I (*indignado*): Alguien que no es usted pero que puede serlo, por Dios o por el diablo. Ya tiene usted todos sus elementos. Escriba. Domine la técnica pero déjese dominar por su demonio. Si no es capaz de

que su arpón vulnere la vida y la transforme, su aventura quedará en el intento, por bien intencionada que parezca.

HERMAN II: Para eso que usted dice se requiere tiempo, experiencia... vejez.

HERMAN I (*con excitación creciente*): La experiencia se gana con la práctica y la práctica comienza hoy, no mañana. Haga entrar en su historia la figura de un joven que sea usted pero al mismo tiempo no lo sea. (*Se incorpora y después de una pausa larga, dice un fragmento del primer capítulo de* Moby Dick).

Llámenme Ismael. Hace años, no importa exactamente cuántos, con poco o ningún dinero en la bolsa y sin nada de especial interés que me retuviera en tierra, pensé en ver la parte acuática

del mundo. Es una manera de combatir la melancolía y regular la circulación de la sangre. Cuando noto que dominan las húmedas brumas de noviembre en mi alma; siempre que me sorprendo parándome frente a las funerarias y sobre todo cuando la melancolía me aplasta, es cuando comprendo que ha llegado el tiempo de volver al mar con urgencia. Es el sustituto para el suicidio.

(*Fatigado, regresa a su lugar en la banca*)
El suicidio... El suicidio...

Oscuro parcial. Se escuchan redobles de tambor, los que anteceden al castigo que se va a infligir en un barco. Voces de mando. "¿Dónde está el Diablo?". "Aquí está el diablo", responde el coro. "No veo al Diablo".

"El Diablo siempre está aquí, aunque no se le mire". Melville II, de espaldas al público, con un vestido distinto al que lleva en la obra y una pistola en la mano, se coloca lentamente el arma en la cabeza y dispara. Iluminación paulatina, ya con ambos Herman en la banca.

MELVILLE I (*abatido en la banca*):
Haberlo conocido, haberlo amado
tras una larga soledad.
Y luego ser estrangulado en vida
Y nunca en lo incorrecto.
Y ahora que la muerte imponga su
sello.
Ayuda, una pequeña ayuda, mi can
ción...
(*Pausa*) Se llamaba Malcolm.
MELVILLE II: ¿Malcolm?
MELVILLE I: Sí, mi hijo. Tenía la edad
de usted... era como usted.

MELVILLE II: Pero, ¿por qué? ¿por qué...?

MELVILLE I: ¿Por qué dispuso de su vida antes de tiempo? Dígalo, no le dé miedo decirlo con todas sus palabras. ¿Por qué se mató?

MELVILLE II: No, no me da miedo. Le pregunto: ¿por qué se mató su hijo?

MELVILLE I: La respuesta se fue con la inocencia. ¿Por qué? ¿Por qué? Es la pregunta que nos hacemos de manera irresponsable, todo el tiempo, sin respetar la decisión del otro. Porque sí. (*Toma a Herman II por las solapas*) Si quiere ser feliz, no tenga hijos. Si quiere ser feliz, como toda la multitud inerte, no escriba. ¿Conoce la expresión *en bancarrota*? Va más allá del sonido de las palabras. Si rompemos esta banca donde estamos sentados, nada ocurre. Lo que verdaderamente

se rompe es el alma, todo lo que sostiene el andamiaje de este animal doliente que nunca dejamos de ser y por fortuna encuentra grandes lagos de olvido. La sangre de lo que más amamos corre con más fuerza cuando deja de correr.

HERMAN II: Lo hice recordar partes terribles de su vida.

HERMAN I: El escritor debe abrir esas puertas prohibidas, esos pozos sin fondo. Un hombre debe hacer el trabajo de Dios... O del Diablo. La gran pregunta, la única, es por qué permanece el mal y la juventud se destruye y desaparece.

HERMAN II (*lento*): Los hombres son pasajeros... pero la justicia permanece siempre.

HERMAN I: Felicidad no es plenitud. La

plenitud que da la escritura es una forma solitaria y egoísta de la felicidad. Y es muy cara. De un precio que pocos merecen y pueden darse el lujo de pagar.

HERMAN II: ¿Cree que vale la pena?

HERMAN I: Claro que vale la pena.

HERMAN II: ¿Cree que eso basta?

HERMAN I: No, no basta, pero hay que comenzar. Como el que no sabe nadar pero se lanza al agua y aprende. Aunque hay también el que a fuerza de decir "no sé nadar" se ahoga.

HERMAN II: ¿Se ahoga?

HERMAN I: Porque tiene miedo.

HERMAN II: ¿El escritor tiene miedo?

HERMAN I (*se incorpora súbitamente enérgico, ya sin cojear*): Siempre. Sobre todo miedo a que su intención sea superior a lo que logra, el impulso ini-

cial al resultado. Hay que tener más miedo del que aparentamos para tener más valor. Lo importante es ser uno pero al mismo tiempo ser los otros. El talento no tiene edad. Mucho menos su hermano mayor y menos frecuente, el genio. Claro que se necesita leer. No muchos libros. Pocos pero bien.

HERMAN II: ¿Cuáles?

HERMAN I: La Biblia y todo Shakespeare.

HERMAN II: ¿Nada más?

HERMAN I: Sí, pero tatuarlos en el alma, hacerlos navegar por la sangre, masticarlos, alimentarse de ellos, dejarse poseer por sus demonios y sus ángeles. Hacerlos respirar de nuevo. La historia de la ballena que le cuento, la historia que usted puede escribir

fue concebida –y escrita– por un hombre que *no* llegaba a los treinta años.

HERMAN II: ¿Es verdad lo que me dice?

HERMAN I: Tan cierto como que usted y yo estamos en una banca de Battery Park, en Nueva York, un día de octubre que está llegando a su fin y que ya comienza a enfriar. (*Pausa*) El escritor nace viejo. Sólo con el paso de los años es capaz de logra el milagro de ser joven. El joven que va ser algo en la vida es un misántropo. Todo lo odia porque todo lo ama más que nadie. Pero hay que ser fieles al muchacho que hemos sido. ¿Puede hacerme otra vez el retrato del capitán de su barco?

HERMAN II: ¿De Jack Chase?

HERMAN I: Precisamente, de Jack Chase.

HERMAN II: Era perfecto. Salvo por el dedo meñique. Le faltaba...

HERMAN I: ¿Le faltaba un dedo?

HERMAN II: Sí, lo perdió en un combate naval...

HERMAN I: Lleve eso a su novela, pero transformado. Que a su capitán poseído por el fuego del infierno le falte algo fundamental en su vida diaria.

HERMAN II: Una pierna, por ejemplo.

HERMAN I: Una pierna, bien.

HERMAN II: Y que esa pierna le haya sido arrancada por la ballena a la que tiene obsesión por dar la muerte.

HERMAN I: Exactamente. ¿Qué sucedería si yo intentara escribir una novela donde apareciera un marinero joven, bello, bondadoso, amado por sus compañeros?...

HERMAN II: Sería como los ángeles...

HERMAN I: Sería, en efecto, un ángel. ¿Qué lo haría humano?

HERMAN II: Un defecto, más bien una carencia.

HERMAN I: Por supuesto, eso crearía el conflicto. No hay obra de arte sin él.

HERMAN II (*luego de una pausa larga*): Tartamudo.

HERMAN I: ¿Cómo dice?

HERMAN II: Tartamudo. Que sea capaz de hablar pero que no lo haga bien.

HERMAN I: Claro, joven querido. Eso es lo que estaba buscando. Gracias por el regalo que me ha dado.

HERMAN II: ¿En verdad lo dice?

HERMAN I: Lo digo y lo creo. Antes de despedirnos deje que le devuelva el regalo de su impetuosa juventud con una pregunta. ¿Qué sucedería si usted no pudiera escribir?

HERMAN II: Eso es imposible, señor, imposible. Como dejar de respirar.

HERMAN I: ¿Y si le digo que es posible vivir sin respirar?

HERMAN II: No, no lo creo, en verdad no lo creo.

HERMAN I: Vivir no. Existir sí. Sucede con la mayor parte de los seres en el mundo. Y creo que ahora sí puedo responder plenamente a su pregunta.

HERMAN II: ¿A cuál pregunta?

HERMAN I: La que me hizo desde un principio cuando me molestaba su presencia.

HERMAN II: Ah, luego entonces ya no le molesta.

HERMAN I (*sonríe*): No, ya no, al contrario. Creo que lo demuestra haber llegado hasta este punto de nuestra plática.

HERMAN II: Bueno, y ya que abre la puerta, dígame ¿siempre ha sido así?

HERMAN I: ¿Siempre he sido cómo?

HERMAN II: Así de hosco, gruñón y solitario.

HERMAN I (*pensativo*): Las dos primeras cosas no me gustan. Ni las acepto. La tercera sí. La verdad, siempre me ha gustado más estar solo que acompañado. Pero venga la pregunta.

HERMAN II: Ah, la pregunta.

HERMAN I: ¿Ya no le interesa la respuesta?

HERMAN II: Por supuesto que me interesa, sobre todas las cosas.

HERMAN I: Pues haga la pregunta.

HERMAN II: Va de nuevo, entonces. ¿Es usted escritor?

HERMAN I: No, su inquietud era todavía más específica.

HERMAN II: Ah, sí. Cuando llegué a la banca –a *su* banca–, me di cuenta de que estaba escribiendo.

HERMAN I: Sí, cuando usted llegó estaba escribiendo. Algo, como usted notó muy bien, que me absorbía, me apasionaba, me transformaba.

HERMAN II: Luego entonces, si estaba escribiendo en esa forma, es usted escritor.

HERMAN I: No, no soy escritor.

HERMAN II (*desolado*): Estamos otra vez como al principio. ¿Me puede decir que escribía?

HERMAN I: Escribía... O trataba de escribir... un poema.

HERMAN II: ¡Un poema! Y dice que no es escritor. ¿Poeta, entonces?

HERMAN I: Tampoco, pero todo escritor es un poeta. Como el aceite de su

lámpara, la poesía es la llama perseguida por quien se enfrenta a las palabras.

HERMAN II: ¿Por qué no me lee lo que estaba escribiendo?

HERMAN I: ¿Leerlo? ¿Aquí?

HERMAN II: Sí, aquí y ahora. Sólo estamos usted y yo, y tal vez nunca volvamos a vernos.

HERMAN I (*acude a la libreta que lo acompañaba al principio y comienza a leer pausadamente*):

En horas plácidas, soñamos
Con varios y valientes mapas aún sin cuerpo.
Para lograr la forma pulsada por la vida,
Qué opuestas cosas deben encontrarse, empatarse.
Una llama que derretir, un viento para congelar.

Paciencia triste –energías gozosas.
Humildad. Pero también orgullo y soberbia.
Instinto y estudio: amor y odio.
Audacia, reverencia.
Todo esto debe
fusionarse con el corazón místico de Jacob
y luchar contra el ángel: el arte.

HERMAN II: Pero señor... Señor (*dice esta palabra dirigiéndose al cielo*), aquí está todo. El secreto y la llave.

HERMAN I: Tal vez. El siguiente paso, el más difícil, es saber cómo utilizar la llave y qué puertas puede abrir.

HERMAN II: Maestro, quien tiene semejante llave es capaz de abrir todas las puertas.

HERMAN I (*pausa larga*): La llave corre el peligro de perderse. En ambos

sentidos. Por fortuna y por desgracia, alguien que no es usted puede encontrarla.

HERMAN II: ¿Cómo es eso posible? Yo quiero ser escritor. Y quiero serlo toda la vida. No escribir es morir.

HERMAN I: ¿En verdad lo cree? Hace un momento me preguntó si trabajaba en la Aduana. La concordancia de tiempos verbales ayuda a la ambigüedad de la respuesta. Ahora puedo decirlo: trabajaba en la Aduana.

HERMAN II: ¿Ya no?

HERMAN I: Hoy fue el último día de mi trabajo en la Aduana.

HERMAN II: Muy mal, pero muy bien. Ahora puede dedicarse a lo que verdaderamente es su vida. Ahora puede escribir...

HERMAN I: Preferiría no hacerlo.

HERMAN II: ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede llegar a esa consecuencia... absurda?

HERMAN I: Porque la vida es absurda. Más que absurda, la vida es ambigua. Nada es lo que parece ser. Como usted dijo, las enormes rocas en la bahía de Mazatlán no parecían ser lo que eran.

HERMAN II: No, parecían ballenas, anteriores a la creación misma. Pero respóndame y no me distraiga, ¿se puede vivir sin escribir?

HERMAN I: El escritor es el mayor ególatra, pero también el más justificado: luego de superar todos los miedos encuentra absurda la existencia y no le basta la mediocre recompensa del diario transcurrir. Cada nueva página es más difícil, y mayores las angustias

cuando se piensa que ha llegado el momento de callar.

HERMAN II: ¿No hay aquí una contradicción?

HERMAN I: Cuando en verdad se es escritor y se llega a conocer los secretos del oficio, se abrevia la distancia entre lo pensado y lo escrito, entre el relámpago del hallazgo y su traducción a la página; entre la súbita metáfora que proclama su vigoroso nacimiento y su transformación en palabras que vulneren la armadura flexible del lenguaje (*se dirige a su banca, ya sin cojear*).

HERMAN II: ¿Se da cuenta de que ya no cojea?

HERMAN I: ¿Yo? No, en realidad... (*Desconcertado, da otros pasos*) ...En realidad... Gracias (*se sienta en la banca, en una postura más joven que al principio*

de la obra. Pausa larga). Entonces supongo que ya no necesito esto (*arroja el bastón*). ¿No le parece que es hora de despedirnos, de ir cada quien a justificar la vida? A usted lo esperan en casa novedades, afectos. Yo voy a mi sepulcro, como es mi costumbre. Pero ahora voy acompañado de una lámpara que me ilumina por dentro. Y de mi ángel tartamudo. (*Le extiende la mano*) ¿Nos despedimos entonces?

HERMAN II (*sin extenderle le mano, lo mira lentamente*): Preferiría no hacerlo.

HERMAN I (*lo mira con curiosidad abierta, luego con asombro*): Llegó la hora entonces. Tarde o temprano llega. Una cosa quiero preguntarle.

HERMAN II: Yo lo he interrogado todo el tiempo. Naturalmente, puede preguntar lo que quiera.

HERMAN I: Su nombre.

HERMAN II: ¿Mi nombre?

HERMAN I: Sí. ¿Cómo se llama usted?

HERMAN II: Herman. Herman Melville.

HERMAN I: Yo también.

HERMAN II: ¿Usted también qué?

HERMAN I: Yo también me llamo Herman Melville.

HERMAN II (*con naturalidad*): Entonces debemos hablar.

HERMAN I: No, no hablemos más. Comienzo a entender. Le propongo que nos sentemos un momento más. A mirar el mar.

HERMAN II: Aprehenderlo con los cinco sentidos que tenemos.

HERMAN I: No, hijo mío. Tú vas a tener más de cinco sentidos. Aunque el mundo te los cobre.

Pausa larga. Aumenta el ruido del mar. Herman I está a punto de pasar la mano por el hombro de Herman II pero en el último instante se detiene.

HERMAN II: Mirar el mar esperando todo porque nada esperamos.

HERMAN I: Dar todo el tiempo a su espacio como si fuéramos Dios, y el mar, nuestra criatura.

HERMAN II: ¿Quiénes somos para concederle atributos sólo suyos, al absoluto, al poderoso, espejo integral de la grandeza?

HERMAN I: Mirar el mar sin hacer otra cosa que mirarlo. Mirarse a sí mismo en el mar: forma esencial de ser sobre el planeta.

HERMAN II: La única forma de ser sobre el planeta.

La luz se hace cada vez más crepuscular. En el fondo, se destacan perfiles de barcos anclados en el puerto.

Oscuro.

Hojas de un cuaderno de bitácora

Una de las grandes lecciones de Vicente Leñero fue enseñarnos a reflexionar sobre los trabajos que desde la letra llevamos al escenario. En su memoria trazo esta bitácora del periplo seguido por capitán y tripulantes que hicieron posible la armazón y botadura, así como las sucesivas navegaciones de *Melville en Mazatlán*.

Cualquier escritor sabe que el título de una obra llega al final. No sucedió en este caso. Desde que descubrí la placa en el hotel *The Melville* de Mazatlán y contemplé largamente las enormes peñas doradas por el sol de la tarde, tuve la epifanía que originó la obra y encontré la primera unidad de significación. Flavio González Mello me comentó en la función de estreno: "Yo tenía que venir a ver una obra que se llamara *Melville en Mazatlán*".

Me parece que el título es un imán y una provocación pero no traiciona el sentido de realidad. Es moneda de uso corriente en el puerto sinaloense que Melville vivió y convivió con nosotros. Nadie pone en duda que, obligado por la espera de los *chupapiedras* que no terminaban de acuñar las monedas que habían llevado la fragata *United States* a tierra mexicana, Melville se sumó a la legión de los *patasaladas* y paseó su juventud sedienta por el puerto.

Desde que le hablé del proyecto a Eduardo Ruiz Saviñón, supo comprender el homenaje a *La dimensión desconocida*, serie de televisión que alucinó mi infancia y sigue provocando mi admiración. Melville joven se adivina en el espejo del que va a ser. Melville maduro se ve en el joven apasionado y lleno de

proyectos que fue. Al principio no se reconocen: cada uno está inmerso en su propio laberinto y conforme su diálogo crece en cercanía, los caminos bifurcados se encuentran y se vuelven uno solo.

En el programa repartido al principio de la obra se hace saber que en ella se habla de los dos Melville. Siempre me ha atraído el tema del doble, presente en la tradición occidental desde Cástor y Pólux hasta Henry Jekyll y Edward Hyde; desde el nahual de los antiguos mexicanos hasta *Jano es una muchacha* de Rodolfo Usigli. El *doppelgänger*, la conciencia de que yo es otro, como nos enseñó Rimbaud, se halla sutilmente presente en el trabajo del propio Melville, de modo particular en *Moby Dick* y en *Bartleby*, algunos de cuyos fragmentos tienen actuación importante en

la pieza que escribí. Otra de sus novelas, *Pierre or the Ambiguities,* señala el carácter de la realidad y sus múltiples direcciones, una de las grandes lecciones melvilleanas. No obstante la explicación proporcionada en el texto introductorio, desde mi punto de vista obvia, aun espectadores versados en la figura de Melville me han expresado el asombro que al final les causa el hecho de que los dos actores representen a una misma persona en dos etapas de la vida.

Aunque nuestros veneros de petróleo hayan sido escriturados por el diablo, según escribió el poeta, el 18 de marzo sigue siendo piedra blanca en el calendario emotivo de México. Doble alegría

fue que la fecha coincidiera con la escenificación inaugural de la obra.

Como todo ser de teatro sabe, no hay función idéntica y aunque exista una mecánica rigurosa en cada trazo del director, las sorpresas surgen con la misma frecuencia e intensidad con la que aparece una ballena ante nuestros ojos y es reiteradamente milagro y acontecimiento novedoso. El primer asombrado es el autor, particularmente uno de mi naturaleza, que no se declara dramaturgo profesional y deja el texto en manos del director de orquesta, en este caso, en las de Eduardo Ruiz Saviñón, sensible cabeza de Teatro Gótico. El capitán del barco supo elegir un equipo capaz y apasionado: Arturo Ríos, actor experimentado, personifica a un Melville maduro, hosco y solitario, mientras la

impetuosidad del joven es llevada a escena por Pedro de Tavira Egurrola, egresado del Centro Universitario de Teatro, con cuya tripulación dirigida por Mario Espinosa he tenido oportunidad de trabajar. Elena de Haro en la asistencia de dirección añadió su toque preciso y elegante a escenas decisivas, como las arengas marinas compartidas al principio por ambos personajes.

La escenografía realizada por Martha Benítez incluye todo lo que forma parte del universo de Melville: la pantalla del fondo semeja una gran vela, el muelle es el punto de partida y de llegada. Los pontones sirven para establecer la frontera entre el mar y la tierra y el barandal es protagonista del ambiente urbano, junto con el farol que proporciona luz artificial. Desde un principio pensé que

el escenario debía ser lo más escueto y desnudo posible: una banca en la que tuviera lugar el diálogo entre los dos personajes. Pero una banca que pudiera sufrir toda clase de metamorfosis, como supo traducirlo la imaginación del director. En la realidad del texto, se trata de una más de las que se hallan en Battery Park en Nueva York. Pero también debía ser una banca especial: espacio hechizado en que tiene lugar el encuentro fortuito. Agradezco a Liliana Mercenario Pomeroy su talento en la pintura de una banca que es al mismo tiempo lancha ballenera y gran mascarón de proa.

Desde mi perspectiva, el mar debía ser una presencia ausente a lo largo de la obra. *El silencio del mar*, dice otro Melville, Jean-Pierre. Sin embargo, el director lo convirtió en protagonista y lo

transmite a través de los cinco sentidos mediante el video realizado por Jazzael Aché-Sáenz, en sus laboratorios Medusa: la variedad de registros, las gaviotas que cruzan el espacio literalmente frente al espectador, son sorpresas continuas a lo largo de la obra. Como advirtió Didanwee Kent durante la sesión de *Butaca del espectador*, el ciclorama constituye un paisaje emotivo. El mar no deja de sonar y estar presente a lo largo de la obra. Del mismo modo, ella notó que el ingreso de los asistentes a cada función equivale a la iniciación en el vientre de la ballena. Recordé aquel enorme recinto junto al mercado de Culiacán que llevaba el afortunado nombre de La Ballena. Sus observaciones me hicieron recordar guiños owenianos. No podía evitar recordarlo en un trabajo

sobre el mar y Mazatlán, sobre todo a partir de sus versos:

> Dentro de ti la casa, sus palmeras, su playa,
> el mal agüero de los pavos reales,
> jaibas bibliopiratas que amueblan sus guaridas con mis versos,
> y al fondo el amarillo amargo mar de Mazatlán
> por el que soplan ráfagas de nombres.

La temporada llegó a sus 42 representaciones. El sábado 30 de mayo tuvo lugar la develación de la placa. Los invitados fueron Hugo Gutiérrez Vega y Hugo Hiriart, así como la actriz Julieta Egurrola, quien condujo la ceremonia. Arturo Ríos recordó que era la segunda vez que actuaba con Pedro de Tavira

Egurrola, pues la primera lo había conocido en el vientre de su madre, cuando coincidieron en una misma obra. El primer Hugo, a quien se debe una de las reseñas más generosas a la obra y entendió el sentido de conjuro mágico subyacente en las tres sílabas *Ma-za-tlán*, sintetizó con elocuencia los afanes de Melville. El segundo Hugo habló del fenómeno inefable llamado teatro y declaró que los espectadores lo habían atestiguado. Me honran sus palabras, pues cada vez que intento un texto dramático pienso en su ejemplo y el deslumbramiento despertado por *Minotastás*, obra que me convirtió en devoto e incondicional hirartiano.

Nada podrá pagar las múltiples deudas que tengo con Jorge Ruiz Dueñas. En vocabulario cetáceo, la dedicatoria pretende ser un homenaje a su trabajo sobre el mamífero mayor. *Tiempo de ballenas*, aparecido por primera vez en la Universidad Autónoma Metropolitana en 1989, con diseño memorable de Natalia Rojas Nieto, y reeditado en numerosas y merecidas ocasiones, es el mejor tratado que en lengua española se ha hecho sobre el leviatán. Proviene de la pluma de un poeta, el mismo que escribió igualmente los versos de su reciente *Diván de Estambul*. La dedicatoria autógrafa del ejemplar que tengo es elocuente: "En la compartida memoria de Boca Soledad y la fraternal poesía de las ballenas".

Quiero pensar que esta obra es entre otras cosas el diálogo establecido con el

joven que descubrió las ballenas y se obsesionó con ellas. En el corazón del populoso barrio de Santa María la Ribera, mi hermano Ignacio y yo éramos devotos del cine Ópera. Pertenecía al linaje de las salas de techos tan altos como el cielo. A sus colosales esculturas humanas añadía el atractivo de palomas que cruzaban intermitentemente la bóveda, como si fueran parte de la función. De tal modo, su etapa más decadente fue también la más gloriosa. Ver en ese cine *Los pájaros* de Hitchcock resultaba el más completo de los espectáculos, un pleonasmo aterrador y fascinante.

Durante una temporada fue la única sala de cine donde tras muchos años de castigo se proyectaba *Moby Dick*, película perfecta que une el talento poético de Herman Melville, el guión de Ray

Bradbury, la dirección de John Huston y la actuación de Gregory Peck. La vimos incontables veces, memorizamos diálogos, atesoramos escenas. En esa era remota no existían las películas en soportes electrónicos, para verlas una y otra vez y analizarlas en el ámbito privado.

El fervor por la novela central de Melville me condujo después a descifrar a su criatura en el mundo real. Tuve la fortuna de agilizar –no recuerdo cómo– el permiso para que el barco *Don José* de La Paz, Baja California, obtuviera permiso para navegar por el Mar de Cortés. Fue la primera de muchas ocasiones en que he regresado a Ciudad Constitución, punto de partida para iniciar el viaje ballenero por Bahía Magdalena, uno de los tres santuarios de Baja California, junto

con Laguna Ojo de Liebre y Guerrero Negro, donde anualmente llegan las ballenas grises en peregrinación anual desde las aguas de Alaska. Ahora la observación de ballenas está reglamentada y controlada. En aquel entonces, el *Don José* era el único que emprendía esa aventura. En él veía al *Pequod* que recorría las aguas en busca de la ballena. Años mas tarde, en Nueva Zelanda, tuve la fortuna de conocer a la *spermacetti* que sirvió de modelo a la Moby Dick de Melville. A bordo de grandes y sofisticados catamaranes, los bisoños balleneros recorríamos un mar embravecido que demostraba, en las fugaces apariciones del enorme animal, por qué es la reina de la creación. En Juneau, Alaska, bajo una lluvia fría y pertinaz seguí el trayecto de una ballena jorobada. De

todo lo anterior se deriva una gran enseñanza: nada es igual a la ballena concebida por Melville. Pero nada es igual a ver a una ballena en su elemento natural, vislumbrar su lomo, su chorro y su cola. La persistencia de la piel de la ballena en la memoria, su emergencia del mar como un enorme muro con todas las edades geológicas en su lomo, fue el principio detonante de la obra. Los dos enormes peñascos en Mazatlán, plateados por la luna, aunado a la circunstancia de que el barco de Melville en su juventud estuvo tres semanas en el Pacífico mexicano, me condujeron a imaginar que fue en esa bahía, durante las interminables noches de espera e inmovilidad, donde el joven escritor en ciernes encontró la metáfora de su obra mayor.

El primer borrador de la obra fue terminado en las bahías de Huatulco, el último día del año 2012. Frente a nosotros se hallaba un cerro cuajado de grillos. Su masa era como la de una enorme ballena palpitante de vida. Escribí hasta la llegada de la oscuridad, con una pluma de tinta semejante a las utilizadas por Melville. Escribir a la luz de una vela dentro de un farol de bronce me dio la idea para la lámpara que constituye el eslabón unitivo entre ambos personajes.

Escribo este último párrafo en la bahía de Mazatlán, donde empezó esta historia. Coincidentemente, es día del cumpleaños de mi hermano Ignacio, con quien me inicié en la devoción por Melville y las ballenas. Al llegar, volví a contemplar las peñas y tuve la fortuna de dar la vuelta a la bahía y navegar en

medio de ambas para conocer un mundo vedado, sólo permitido a los pájaros que al volar sobre esas cimas estériles le otorgan vida inverosímil y una coloración que va del rojo jaspeado al azul silencioso, y donde se aventuraron piratas ávidos por ocultar sus tesoros en antros inexpugnables. Igualmente, en la parte más antigua de la ciudad descubrí la iglesia de San José, al pie del cerro del Vigía. Se trata de una construcción terminada en 1842, es decir, la época en la que Melville llegó a Mazatlán. La escena conjetural que introduzco en la obra pudo haber tenido lugar en ella. Los nuevos hallazgos y experiencias son motivo para otra historia, no la contada en estas páginas. Dejo aquí testimonio de gratitud a mi querencia mazatleca que propició esta nueva aventura. Y, nobleza

obliga, a María Teresa Uriarte y Enrique Singer, por abrir las vías para que *Melville en Mazatlán* fuera producida y representada en mi casa grande, la Universidad Nacional Autónoma de México.

Mazatlán, Sinaloa,
14 de junio de 2015

Índice

Muelle 11

Melville en Mazatlán 21

Dramatis personae 23

Obertura 23

Hojas de un cuaderno de bitácora 99

La ballena que por estas páginas navega,
esculpida por la cultura algonquina
y hallada en Massachusetts,
data de un siglo antes de nuestra era.
Puede ser vista en el Museo
Bronson de Attleboro, Massachusetts.

Melville en Mazatlán
forma parte del proyecto editorial
Ardiente Paciencia
concebido por Frédéric-Yves Jeannet
y Vicente Quirarte.

El diseño es de Mónica Zacarías Najjar,
quien acudió a tipos de la familia
Espinosa Nova, cuya interpretación digital
fue dibujada en 2010 por Cristóbal Henestrosa,
a partir de tipos empleados por el impresor
novohispano Antonio de Espinosa,
fundidor y cortador del siglo XVI.
Gabriela Ordiales tuvo a su cargo
el cuidado editorial.

Se terminó de imprimir el 15 de agosto de 2015,
día de la Asunción de María.

La edición consta de 500 ejemplares
impresos en papel crema Clásico Premier de 90 gr.
y cartulina Tiziano Adriático de 160 gr. en la cubierta.